

UN SECRETO INSONDABLE

SUBJETIVIDAD Y LITERATURA

JUAN EVARISTO VALLS BOIX

« Le secret, c'est ce qui est, dans la parole, étranger à la parole »
Jacques Derrida, *Passions*

Me propongo hablar del secreto como raíz y dinámica de dos figuras inevitables: la subjetividad y la literatura en un horizonte posmetafísico, un horizonte que rompe la solidez de lo real y del fundamento y nos devuelve a la fluidificación propia de la libertad incondicionada: la pérdida de las raíces, el desligarse de todo fundamento último. La única y última autoridad no es sino el sí mismo. Todos nos convertimos en autores: la máxima autoridad, el principio legitimador, la última instancia y la última palabra de nuestra existencia. Y la máxima autoría: a nosotros y a nadie más atañe nuestra constitución. Tal creación se vuelve un desafío insalvable, inevitable, ineludible.

¿Qué nos toca hacer en esta ceremonia, en este ritual, en este escenario que es la existencia? ¿Cuál es nuestro papel? ¿Cuál es nuestra responsabilidad? ¿A qué o a quién, de qué, debe responder un autor? ¿Debe haber un ulterior responsable de la obra que no sea él? ¿Otro crítico u otro censor? El primer gesto de una subjetividad postmetafísica supone el temblor de los cimientos de cualquier dimensión social, colectiva, comunicativa o ética. Un autor, un autor de sí mismo, no debe responder a nadie de nada, no debe conformarse a nada ni seguir u observar una norma. La generalidad ya no le está impuesta, y amoldarse a ella no es tanto un acto de configuración como de renuncia a la constitución original de sí mismo: una irresponsabilidad. Este es pues su terreno, el del máximo no responder; de lo contrario, su obra no sería genuinamente suya, sino que seguiría también otra voluntad —la de aquel a quien se responde, la de la generalidad que se observa—. El autor debe sustraerse de cualquier esfera que exija la dinámica de la responsabilidad y del deber para seguir siendo autor de sí mismo, único creador y responsable de sí. El autor tiene el deber absoluto de no deber nada a nadie, de sustraerse a la lógica de la restricción, la censura y el canon. Guarda siempre para sí la potestad y el espacio de lo novedoso y lo a-normativizado, conserva un momento sustraído de toda eticidad —moral, costumbre, norma— en que configurar su obra (que es sí mismo, en esta

metáfora del hombre moderno como autor de sí, pero también, si tomamos en serio la metáfora, es su obra, su texto). Este espacio de irresponsabilidad, de no comparecencia y de no obligación, es sin embargo al mismo tiempo el garante de la posibilidad de todo compromiso. Es el lugar anterior a un sistema de referencias, el lugar anterior al mandato, que permite decidirse por un modo u otro de vida. Por una legalidad u otra de la obra.

Hay en él algo por lo que el autor nunca puede responder. Conservar su autoría, su poder creativo —de sí mismo y de su obra; obra que es sí mismo y sí mismo que es su obra—, le exige conservar siempre una reserva, un resto, un momento de indecisión, de incomparecencia. La figura des-limitada del autor guarda algo así como un secreto, cuya insondabilidad lo constituye. Este secreto, esta soledad, este silencio es justamente lo que no se presenta, lo impresentable: el momento de inefabilidad y de indecibilidad que sigue haciendo posible la creación y la construcción. Ese espacio de indefinición e irresponsabilidad ante el que no caben respuestas ni responsabilidades, ante el que la palabra, nexos social, gesto comunicativo, apertura o respuesta, no puede sino testimoniar su inefabilidad. El secreto es la imposibilidad de justificación y responsabilidad de la decisión: no cabe responder de sí mismo ante nada ni nadie. Solo ese espacio innominado hace posible una decisión legítima y puede iniciar la cadena de compromisos y razonamientos. Sin él, la responsabilidad sería algo así como un problema¹⁷⁵, eso que se propone al otro y con lo que se convoca al otro a comparecer, esa invocación de la comunicación y del situarse frente al otro que ya le despoja a uno de la plenitud de la decisión. Es un momento posterior al secreto, un momento ya determinado y decidido por una alteridad y unas normas en que se deposita la responsabilidad, eximiendo al autor de ella. “Lo hice *porque...*”. En el secreto, ese momento anterior, solo cabe “lo hice”. ¿Qué puede hacer el autor, qué se puede hacer, ante esta ética que nos exige responder y responsabilidad? ¿Qué se puede hacer ante un lenguaje, el del deber y la comunicación, cuya lógica elimina nuestra condición de autor y la condiciona por la alteridad? El rechazo de la aporía de la responsabilidad (“*devoir de ne pas devoir*”) es la única salida. Un rechazo que es una anulación y eliminación, un sustraerse de la colectividad y de la esfera del otro, del lazo con el otro. Por cultivar el secreto, por enfrentarse a la tarea del decidir. Algo así como un sacrificio del otro, una renuncia de la generalidad por preservar ese espacio indecible —en el que la decisión encuentra su sustrato único— de secreto. Lo que se resiste a darse. Lo que da la muerte a la posibilidad genuina del otro: ese lazo del lenguaje, ese envío de la responsabilidad. El

¹⁷⁵ « La responsabilité serait *problématique* dans la mesure supplémentaire où elle pourrait être parfois, peut-être même toujours, celle que l'on prend non pour soi, *en son propre nom et devant l'autre...* mais celle qu'on doit prendre pour un autre, à la place, au nom de l'autre ou de soi comme autre, devant un autre autre, et un autre de l'autre, à savoir l'indéniable même de l'éthique... Elle s'exerce toujours en mon nom *comme* au nom de l'autre » DERRIDA, *Passions*, p. 28

secreto es un momento de incomunicación que garantiza la posibilidad de poder decirlo todo, lo real y lo irreal, lo posible y lo todavía no posible.

Cualquier indicio de lenguaje despierta la invitación al juego de la respuesta, la apertura a la ligazón de la ética, a la definición o a la observación de la norma. En esta renuncia esencial, cualquier sentido unívoco, cerrado, compartido por responsable, es insuficiente para rescatar la insondabilidad del secreto, las potencialidades del yo: « Il est par conséquent impossible de donner un sens univoque au moi. Impossible de le parler ou de l'agir, comme "moi" »¹⁷⁶. Es más, el nombre, la palabra, un significado posible de lo secreto solo confirmaría la inagotabilidad del secreto, o la persistencia del secreto, o la sustracción a la lógica de todo significado: las palabras revelan su incapacidad ante la supervivencia de aquel: Servirse del secreto como un simulacro, tratarlo como una simple palabra escondida o tapada por otra, no haría más que mostrar la incapacidad de toda palabra por recoger la posibilidad del secreto. Ante este secreto, que no es ni un placer de esconder, ni un doble fondo, ni un secreto místico, ni psicológico o psicoanalítico, sino el estricto espacio de incomunicación, solo cabe, de algún modo, excusarse, pedir disculpas por no poder responsabilizarse de él, hacerse cargo de él, responder por o ante él. El secreto, si puede decir algo, solo puede decir que nada puede decir: su palabra no es sino el vacío de la palabra, el anuncio de la nada. Un perdón por no poder decir(se), un perdón por no responder, por no ser lenguaje, por ser lenguaje indecible, indefinible, irresponsable. Un lenguaje sin lenguaje: un hombre sin identidad, una palabra (significante) sin significado. Un perdón por el sacrificio de la posibilidad de toda alteridad, por la renuncia de la comunidad-comunicabilidad, pero un pedir la dis-culpa que, por ser su única palabra posible, no es sino una constatación de esa falta, un volver obcecado sobre sí mismo. Un perdón como dis-culpa e insistencia por ser ese lenguaje indecible, indefinible, irresponsable. Por ser un hombre sin ser de nadie, por ser individuo sin nombre.

Las decisiones de este autor no pueden ser morales, no pueden ser éticas:

D'une certaine manière, elles doivent rester urgentes et sans réponse, en tout cas sans réponse générale et réglée, sans réponse autre que celle qui se lie singulièrement, chaque fois, à l'événement d'une décision sans règle et sans volonté au cours d'une nouvelle épreuve de l'indécidable¹⁷⁷.

Para él, ser ético, moral, normal, sería justamente lo menos moral: la decisión genuina desaparecería en un cruce de condicionamientos. Guardar un momento de reticencia ante lo común(comunicable) salva su individualidad, su originalidad. Sustraerse a las palabras, sacrificar la esfera de las palabras, constituye su dinámica: permite su multiplicidad,

¹⁷⁶ *Íbid*, p. 33

¹⁷⁷ DERRIDA, *Íbid.*, p. 41

garantiza el secreto. Pues responder es mostrarse capaz de responder, afirmar que hay siempre una respuesta, que el autor entero se entrega en su respuesta, que el secreto se encierra y se amaestra en un significado o en una intención. Sin embargo, el secreto se fragua en su insondabilidad. Se vuelve más profundo cuanto más se pretende penetrar en él; se sustrae de toda mostración. Este lenguaje allende los límites de la responsabilidad y de lo ético; este lenguaje que no puede ya ser significativo, cuyas palabras solo revelan su carencia o anuncian la posibilidad interminable de la abundancia de lo indecible; este lenguaje que se asoma al fondo del secreto para anunciar las potencialidades de su silencio ya no es sino anuncio, divisa o destello de un fondo que no se agota en él. Secreto y fondo del que ellas son una prueba, un gesto, el mensaje propio de un testimonio: nada más que el aviso, la noticia, la buena nueva de que hay un algo que no se puede contar —ante lo que no se puede responder— y una invitación a volver sobre ello. Un testimonio, como el mensaje abierto y público no del significado, sino de la imposibilidad de todo mensaje, un mensaje que anuncia la esterilidad de la comunicación o de la transmisión: una palabra que proclama que la transmisión total, la transparencia suma, la donación entera, es imposible. El leerse de la palabra, el cruzarse la palabra por los ojos, un testimonio del fondo secreto del que procede, del fondo secreto que porta o segrega. Si el secreto pretende conocerse, saberse, iluminarse y descifrarse por completo, ya se le traiciona y se le pierde, pues se le convierte en problema, problema a resolver y olvidar. Se le exige responder y dar de sí algo que no es él, solo un rastro frío y estéril que no es sino testimonio de una posibilidad que le sobrepasa y le excede. Da siempre versiones falsas de sí mismo, porque cuando (se) va a dar ya se ha retirado. Como el individuo, el texto va difiriéndose una y otra vez porque no se ha acabado, porque es una interrupción de lo decible. Y el hombre no es hombre, y el lenguaje no es lenguaje: ambos apuntan hacia lo que no son.

El secreto excede las aporías de la responsabilidad, la dinámica condicional de la ética o de cualquier sociedad, la disimulación del significado. No es sino la posibilidad funcional de la homonimia o de la mimesis¹⁷⁸, la multiplicidad o potencialidad inagotable de cualquier palabra, la indecidibilidad donde las decisiones pueden ser genuinas, el único espacio en que ese autor puede configurarse a sí mismo como obra y configurar su obra como sí mismo. Entonces, ¿cuál era el lugar del secreto? ¿Dónde residía? ¿No era aquello que cultivaba el autor, ese autor que somos cada uno, cada individuo, cada sujeto, en esta era sin dios ni horizonte? ¿Y qué es lo que cultiva el escritor? El escritor cultiva su propia identidad, sí mismo, el producto de su tarea. Esta es la metáfora para entrever cómo puede comprenderse la subjetividad. Pero si se ahonda en la metáfora, si se sigue su rastro, el autor lo es de sí mismo y de su obra a la vez. Es maestro de su corporalidad y de la corporalidad del libro. Es la

¹⁷⁸ « le secret, ce serait... la possibilité fonctionnelle de l'homonymie [signifié différent, mais signifiant identique] ou de la *mimesis*.» DERRIDA, *Íbid.*, p. 61

raíz o el comienzo, tímido o grandilocuente, de la literatura. Así, se llega a comprender que la posibilidad de cualquier literatura, así como la posibilidad de todo sí mismo, radican en uno y el mismo secreto. Que la insondabilidad del sí mismo y de la obra literaria son un mismo secreto, un mismo fondo de irresponsabilidad, un mismo espacio indecible e innominado (sin normas, sin nombres). La renuncia a la eticidad y la renuncia al lenguaje comunicativo; la renuncia a la generalidad cerrada y a la transmisibilidad plena del mensaje, son una y la misma renuncia: la que proclama el secreto, la que conserva un vacío de indefinición. La dinámica del secreto de la subjetividad es la misma que la dinámica del secreto yacente en toda literatura: espacio vacío, sin semántica ni promesa, irresponsable, indecible, posible de todo, abierto hacia todo. El lenguaje, para configurarse como literario, así como el individuo para configurarse como sí mismo, ha de renunciar a toda responsabilidad y a toda eticidad, a la norma de la colectividad que le haría simulacro y mero significado expuesto, para constituirse en ese espacio de soledad que no es sino el secreto, el solo espacio en que la decisión es posible por su carácter de indecible, de indeterminado, de irresponsable.

Y si la literatura es el espacio del secreto, de esta indecidibilidad allende la lógica del lenguaje, ello no se debe sino a su carácter discursivo específico: la literatura, esa extraña institución¹⁷⁹, es un discurso cuya disposición es la de estarle permitido poder decirlo todo, tener el derecho de decirlo todo: en ello radica su modernidad. El derecho a decirlo todo de este discurso supone la autorización del escritor para su tarea, garantiza su carácter fuerte de autor: la gestación del autor, aquel exento de seguir la lógica de la responsabilidad e impelido por ello a la insalvable responsabilidad absoluta de la decisión, cualquier decisión. Así, la literatura está ligada a la no-censura, e inevitablemente al espacio de la libertad democrática, de una democracia hiperbólica o ideal:

La littérature est une invention moderne, elle s'inscrit dans des conventions et des institutions qui, pour n'en retenir ce trait, lui assurent en principe le droit de tout dire. La littérature lie ainsi son destin à une certaine non-censure, à l'espace de la liberté démocratique... Pas de démocratie sans littérature, pas de littérature sans démocratie.¹⁸⁰

No hay, pues, democracia si el espacio de la literatura, de ese discurso con derecho a decirlo todo, se ve restringido o amenazado. No existe pues la posibilidad del espacio para constituirse como individuo moderno sin la posibilidad de este habitáculo del secreto, de este meteorito lingüístico que es la literatura. El secreto de uno y del otro, el espacio de irresponsabilidad y de multiplicidad semántica inagotable (derecho a decirlo todo), es la dimensionalidad misma de la existencia, la

¹⁷⁹ DEREK ATTRIDGE, "This Strange Institution Called Literature". An Interview with Jacques Derrida"

¹⁸⁰ DERRIDA, *Íbid.*, p. 64

insondabilidad e impenetrabilidad de la existencia, su no-respuesta esencial, su soledad. Pues pese a que este secreto es el espacio que posibilita el encuentro y la unión con el otro por dibujar la idea misma de democracia, sigue sustrayéndose de la colectividad y el convenio de la ética, de lo social, de la apertura que lo agota. Sigue siendo un perdón por no poder decir. No obstante, si bien esta profundidad del secreto supone la disrupción de la comunidad y su vulnerabilidad, también es el sustrato más profundo en el que se nutre¹⁸¹, el silencio en que toda palabra puede pronunciarse: “C’est le principe même de la communauté qui se voit ainsi exposé à la disruption... Mais la communauté vit ou se nourrit de cette vulnérabilité, et c’est bien ainsi.”

¿Y qué suscita este secreto? ¿Cómo se le invoca, si por él no se puede responder, si no hay razón ni norma por la que esté ahí, si se aparta y se aísla de lo social como su subsuelo y su posibilidad? ¿Cómo justificarlo y cómo vivirlo, sustraído como está de cualquier eticidad? No hay razones para lanzarse y aferrarse a esta soledad de la existencia. No se encuentra ningún motivo, respuesta, o significado en esta insondabilidad. Lo único que puede seguir ligándonos e incitándonos al secreto, a ese secreto que somos y que nos anima literariamente, a ese secreto profundo e impenetrable, es algo así como la pasión por su multiplicidad, por ese silencio fecundo de virtualidades. El asombro por su permanencia y su deslumbrar solitario. Esta relación particular con el secreto, el secreto que somos, el secreto al que nos enfrentamos, el secreto del que proveemos, no solo revela el sorprendente vínculo entre el discurso literario y la subjetividad moderna, sino que nos incita a pensar que hay algo en la figura del escritor, ese cultivador del secreto, ese generador de literatura, un desafío o una tarea, que es ineludible también para cualquier individuo existente. Que la escritura, como un dejar trazos que anuncien nuestra existencia pasando, o un trazar una existencia ficticia que se resiste siempre a sujetarse en sus palabras y las excede como un cuerpo infinito, es un deber irrenunciable para toda individualidad: toda individualidad está instada a preservar su secreto, a cultivar su insondabilidad, a decidir sobre sí mismo en la indecidibilidad irresponsable de la libertad a decirlo todo, a decirse de todas las maneras y construir su corporalidad exento de toda exigencia de respuesta. No puede ser razón alguna quien lo convoque. Tan solo una solitaria y poderosa pasión. Único aliento de la existencia, único motor inexcusable. La pasión: ese gusto por cultivar el secreto. Adentrarse en una insondabilidad sin nombre.

¹⁸¹ DERRIDA, *Íbid.*, p. 54.

INCOMPARECENCIA. LITERATURA Y SENTIDO

—Todos se esfuerzan por llegar a la Ley —dice el hombre—; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

Kafka, “Ante la ley”

El secreto inherente a cualquier subjetividad es inquietante. Percibido como una fecundidad lejana, como un abismo rebosante de sentido, parece llamar. Un hombre se lanza a la existencia a por su resolución, a por su justificación. Percibe una cierta interioridad que anuncia una legitimación y un sentido. El hombre se siente prejuzgado, se siente ante una ley que no arriba a comprender. Su incapacidad para asirla al completo lo desasosiega, lo desespera y lo apasiona. Pues este secreto que no comparece es una promesa de sentido que siempre se difiere y que nunca llega. Es algo así como una paradoja: el secreto es lo indecible, lo inesencial, lo que no es presencia, el espacio de irresponsabilidad, y al mismo tiempo pretender adentrarse en él convierte el tiempo en búsqueda y la existencia en vida. La subjetividad se hace, y para hacerse busca una ley que la determine. Pero esa ley nunca comparece, nunca está presente, pues su condición es la del secreto: la subjetividad es lo que todavía puede seguir haciéndose. La subjetividad es siempre una pura oportunidad, un espacio de indecibilidad y de no-determinación, de lo contrario acabaría su dinámica. Su ley es el secreto, pero el secreto no es norma. El secreto llama y se difiere, y en su persecución va dejando un resto semántico. Cada vez que el sujeto entiende estar en posesión de la ley y cumplirla, reconoce que la ley es otra, que hay una ley más allá, que la legitimación de su existencia es más amplia y más aguda, que el secreto sigue siendo más profundo. Sin agotarse, sin darse por completo, ofrece versiones de sí. La ley, cualquier ley, en tanto que estructuración de lo real, guarda la misma condición de posibilidad, pues, que la literatura¹⁸². La ley, cualquier ley, para ser ley y estructura de lo real, no puede tener historia —como la moral pura kantiana era ahistórica—, pues de ser así el mundo la envolvería y no podría estructurarlo. La ley, el sentido, no tiene historia, como la literatura no tiene esencia y es indeterminable: ley, literatura y subjetividad guardan un secreto. La posibilidad de decirlo todo, el terreno de lo indecible y lo indeterminable, del no-cumplimiento y el no-condicionamiento. Ley, literatura y subjetividad son secreto y están hermanadas porque, en última instancia, los tres descansan en la interrupción, en la no-cerrazón, en su diferirse: la literatura, interrupción de la interpretación absoluta y de la comunicación; la subjetividad, interrupción de la generalidad; la ley, interrupción de la presencia. Todos se fundamentan en una carencia de

¹⁸² DERRIDA, “Préjugés. Devant la loi”, p. 109

fundamento, y ello es lo que hace posible la emergencia inagotable de lo diferente.

La literatura no tiene esencia, no tiene sentido, no tiene fondo. Es puro texto, puro significante, pura superficie. « Le texte se garde, comme la loi. Il ne parle que de lui-même, mais alors de sa non-identité à soi. Il n'arrive ni ne laisse arriver à lui-même. Il est la loi, fait la loi et laisse le lecteur devant la loi »¹⁸³. Pero en esa misma superficie reside un secreto insondable, que es la posibilidad genuina de poder decirlo todo, de poder hacerlo todo. Es el espacio de indecidibilidad e irresponsabilidad que hace posible cualquier sistema de responsabilidad y cualquier decisión. Por ello, ante él, la responsabilidad también es máxima: no hay condicionamientos con normas, leyes, preceptos: acercarse a ese secreto es pura configuración de la subjetividad. La literatura es lo que está antes de la decisión y la conceptualidad y las hace posibles, porque es el lugar de su secreto surgimiento. Pues, si tuviera esencia, ontología o cualidad, si su sentido fuera único y cerrado, si fuera colectable, dejaría de ser literatura para ser *expresión* de un discurso, lenguaje comunicativo al servicio de una generalidad. Pero justamente la literatura no es expresión de nada, no tiene significado, sino que es puro estilo. “Literature is not some essence hidden inside a given text. Literature depends on the possibility of detaching language from its firm embeddedness in a social or biographical context and allowing it to play freely as fiction.”¹⁸⁴ No expresa nada porque guarda ese lugar de secreto y de indecidibilidad en el que todavía es posible decirlo todo. Por ello no es expresión, sino secreción, rastro o trazo. Es el lugar de un secreto, del mismo secreto al que el autor se enfrentó para configurarse, y al que todo hombre debe hacer frente: es el espacio de indecisión e irresponsabilidad, de no-compromiso con nada, de no-expresión de nada, que permite la emergencia de la decisión y de lo novedoso: la posibilidad de la emergencia de nuevas posibilidades de sentido. La literatura no es comprometida, ni expresiva, ni portadora, pero su existencia testimonia la posibilidad de todo compromiso y de toda decisión. No es un decir, pero hace posible cualquier decir: hace posible que el lenguaje siga creciendo. Su ambivalencia como lenguaje incommunicativo, su comunicabilidad interrumpida, la hacen fuente de lo novedoso.

La lecture peut en effet révéler qu'un texte est intouchable, proprement intangible, *parce que lisible*, et du même coup illisible dans la mesure où la présence en lui d'un sens perceptible, saisissable, reste aussi dérobée que son origine. L'illisibilité ne s'oppose plus alors à la lisibilité ¹⁸⁵

La obra es ilegible porque se puede leer, porque en su misma lectura —acceso— hay algo inaccesible y siempre cambiante. Y en cada

¹⁸³ *Ibid.* 128

¹⁸⁴ HILLIS MILLER, “Derrida and literature”, p. 60

¹⁸⁵ *Ibid.* 115

lectura se revela una nueva ilegibilidad, a cada comprensión del texto vuelve a escapársele el texto mismo, que nunca se entrega del todo. El carácter literario del texto es el de la reserva semántica, un poso de no-sentido, un remanente no luminoso, todavía una soledad que vuelve a llamar de nuevo con el vigor de antes, y que reinventa el texto una y otra vez. Porque el texto no se acaba, porque ya no es mensaje sino exclusivamente un significante. Solo se porta y transmite a sí mismo, y por ello siempre está abierto, siempre guarda un secreto.

El secreto, pues, funda en su incomparecencia la singularidad del sujeto y la literatura. Hay una dimensión del lenguaje que es universal. Se trata de la dimensión ya establecida, ya dada. Es el lenguaje de la comunicación de lo general, es la transmisión y la transparencia. En ello la comunidad se instala mediante la comunicación. Pero este lenguaje, esta generalidad, no es necesaria, y hunde la raíz de su posibilidad en el espacio anterior de la posibilidad de decirlo todo. Un espacio en el que todavía no hay un referente, sino que es anterior al referente, y por tanto no hay responsabilidad, no hay decidabilidad ni determinabilidad. Este espacio es el posibilitante de lo novedoso, y es un espacio que siempre está en retirada, que nunca se muestra, que está fuera de la lógica de la presencia y la presentación.

it is not the site of a rich plenitude of meaning but rather a kind of emptying-out of meaning that remains potently meaningful; it does not possess a core of uniqueness that survives mutability, but rather a repeatable singularity that depends on an openness to new contexts and therefore on its difference each time it is repeated¹⁸⁶.

127

Por ello se le describe como secreto, o soledad, o silencio. Todavía no se ha dado a definir, ver, transmitir, donar, comunicar. Y por ser su propiedad lo impropio, por caracterizarse justamente como lo nunca-característico, permite siempre que aflore un sentido nuevo, una alteridad. El secreto hace posible lo singular, la emergencia de legalidades nuevas y de estructuras nuevas. Y así cualquier universalidad, cualquier estructura y cualquier sentido cerrado se sustentan en este sentido vacío. Y por ello el lector ante un texto está en la misma posición que el sujeto ante su identidad o su existencia. Y todos los lectores son el primer lector. Y todos los hombres son el primer hombre.

Hay una promesa, un presentimiento de desvelamiento, de mostración, de luminosidad, de final sonoro. Uno se abalanza a por ello, con la suposición de que se dará entero y de que lo hará de una vez por todas. Una suerte de angustia o desasosiego, de debilidad, impulsa a creer en la unidad y universalidad del sentido, en la posibilidad de que el sentido sature lo real. Pero no sería posible una generalidad sin ese secreto a que se ha aludido, por lo que ese sentido, esa plenitud semántica ontológica, no puede llegar a existir. Su posibilidad depende precisamente

¹⁸⁶ ATTRIDGE, "Introduction" a Derrida: *Acts of literature*, p. 17

de su interrupción. De que su acceso sea singular, y de que su donación se aplase siempre, de que todas sus versiones sean caducas y temporales, o anuncio de una versión más cercana y fuerte. No en balde bromeaba Kierkegaard con que siempre se prometía que el sistema estaría cerrado *mañana*¹⁸⁷: la posibilidad misma del sistema es la asistematicidad, la irresponsabilidad, la discordancia lógica. Nunca podemos entrar en el sentido, ni en la ley plena de lo real, ni en el “significado” completo del texto.

Le premier gardien lui laisse anticiper qu'elle sera indéfiniment différée. Derrière le premier gardien il y en a d'autres, en nombre indéterminé; peut-être sont-ils innombrables, de plus en plus puissants, donc de plus en plus interditeurs, forts de pouvoir différer. Leur puissance est la différence, une différence interminable ... Représenté par le gardien, le discours de la loi ne dit pas “non” mais “pas encore”, indéfiniment. D'où l'engagement dans un récit à la fois parfaitement fini et brutalement interrompu, on pourrait dire primitivement interrompu¹⁸⁸.

Pensar hasta el final la apertura de la subjetividad y la existencia como búsqueda, y pensar hasta el final el acto de la lectura conllevan reconsiderar su interrupción. El texto literario es un lenguaje sin lenguaje, un mensajero interruptor¹⁸⁹. La ley, ley del texto o legitimación existencial, solo se muestra con representantes, ejemplos, modelos, imágenes, simulacros. Se muestra en una disimulación, pues da un engaño y un no poder decir. El significado está continuamente diferido. La centralidad del secreto en el texto literario y la subjetividad conlleva inevitablemente la diseminación del sentido, que se desparrama, difunde y esparce: cada lectura es singular, cada individuo es singular. Cada vez que uno pretende decidir sobre sí o sobre el texto, se sitúa en ese espacio de soledad inefable y vuelve a comenzar la génesis de un significado, recomienza un proceso de creación. Cada vez distinta, sin continuidad, sin coherencia.

Et si cela tient à l'essence de la loi, c'est que celle-ci n'a pas d'essence. Elle se soustrait à cette essence de l'être que serait la présence. ... vérité sans vérité, elle *se garde*, elle se garde sans se garder, gardée par un gardien qui ne garde rien, la porte restant ouverte, et ouverte sur rien. Comme la vérité, la loi serait la garde même (*Warheit*), seulement la garde. Et ce regard singulier entre le gardien et l'homme.¹⁹⁰

La llamada del texto es individual, y solo puede generar significados singulares, puntuales, que se traicionan al compartirse, se interrumpen al

¹⁸⁷ KIERKEGAARD, *Migajas filosóficas*, p 76

¹⁸⁸ DERRIDA, “Préjugés.Devant la loi”, p. 122

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 121-122

¹⁹⁰ *Ibid.* 123

enlazarse. La subjetividad, en cierto sentido, es literaria. La literatura, en cierto sentido, es subjetiva. El lenguaje de la comunicación reposa en la interrupción, en la irresponsabilidad. « L’homme de la campagne avait du mal à entendre la singularité d’un accès qui devait être universel, et qui en vérité l’était. Il avait du mal avec la littérature. ¹⁹¹ »

LA DEMANDA INFINITA. LA DECISIÓN LITERARIA

—Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

Franz Kafka, “Ante la ley”

Pero el texto, en su doble dinámica de interrumpir y ofrecer, llama e inquieta al lector, y este inicia una búsqueda. Igual que el sujeto se busca a sí mismo, su identidad o su ley, su nombre o su sentido, le desafían mostrándose y ocultándose. El continuo diferirse del sentido, la continua postergación de su donación hacen de esta llamada una demanda incumplible, una demanda sin respuesta final, una demanda infinita¹⁹². El sentido se posterga una y otra vez, se retrasa, se prorroga, pero va diseminando rastros semánticos que motivan la búsqueda. Esta demanda infinita e insaciable requiere una fe apasionada, esa fe que Kafka tenía en lo indestructible, esa fe que no era sino la fuerza del individuo para existir como sí mismo¹⁹³. La fe, entendida en su contexto original religioso —pero también en uno ético— estaba regulada por la divinidad que era su objeto de creencia: la creencia subjetiva se medía por una idealidad, por una objetividad exterior. No obstante, desde la filosofía de Kierkegaard¹⁹⁴ y su recepción derridiana, la fe es puramente subjetiva, no está orientada ni limitada por ninguna objetividad. La fe, como indicaba Kafka, versa sobre lo indestructible que hay en uno mismo, una suerte de dios personal¹⁹⁵: la fe reside plenamente en el secreto, la pasión que anima la existencia es una pasión por el secreto, no por ninguno de sus representantes o producciones. Buscamos la ley, pero continuamente sus guardianes nos salen al paso. Hay una llamada persistente, una demanda infinita del secreto. Una llamada en la que de algún modo consistimos, así como

¹⁹¹ *Ibid.* 131

¹⁹² Este apartado está inspirado por el libro de Simon Critchley *La demanda infinita*. No obstante, la dinámica que él desarrolla para un sujeto ético aquí se reelabora para aplicarse a cualquier sujeto o, como antes hemos insinuado, a una subjetividad literaria, en continuidad con los puntos clave de la propuesta derridiana a que aquí nos acogemos. Sin embargo, es pertinente la elaboración de Critchley de la demanda infinita porque tal concepto se remonta, en última instancia, a la filosofía de Kierkegaard, del mismo modo que las reflexiones derridianas sobre el secreto arrancan de su lectura del danés.

¹⁹³ KAFKA, “Cuaderno en octavo G” en *Narraciones y otros escritos*. OC III, p. 624

¹⁹⁴ Nos remitimos a nuestro trabajo sobre *Temor y temblor* y su deconstrucción desarrollada en *Donner la mort*, JUAN EVARISTO VALLS BOIX, “Secreto, perdón y sacrificio. El concepto de literatura en *Donner la mort*”.

¹⁹⁵ KAFKA, *op. Cit.*, 624

consiste el texto literario en una demanda comprensiva inabarcable. O bien podemos dejarla pasar¹⁹⁶, decidir no decidirnos, o lanzarnos a ella con apasionamiento. Pero esta decisión no es el compromiso con ninguna idealidad regulativa; es un compromiso y una posición, pero con un secreto, con una nada, con una indeterminación. Es decidirse a poder siempre decidir, comprometerse con la creación, luego con lo inexistente. No es permanecer ante el mandato del guardián de la ley, sino adentrarse a por la ley misma: dirigirse a crear el mandato, a ser un fin o un principio¹⁹⁷. Se trata de una decisión no ética, no para con una generalidad u objetividad, sino de una decisión literaria: el compromiso con la configuración, con la posibilidad de lo imposible, con la reformulación o construcción de un mundo nuevo, con una plenitud inexistente y mayor capaz de saciar y satisfacer esa demanda persistente. Plenitud que no comparece jamás. Esta decisión es la propia del escritor, inaugural de una subjetividad literaria. Una subjetividad amparada en la búsqueda, que no persigue un ideal ni una objetividad, sino la propia explotación del secreto. La exploración.

Esta demanda infinita no se satisface con lo que hay: la generalidad, el marco conceptual general que ofrece la amplitud concreta de un lenguaje, lo que limita y define nuestra experiencialidad. Busca por ello un mayor gozo, una vida más plena desde la observación aguda de la realidad y su crítica. Es una demanda que se traduce en crítica de la insuficiencia de lo real y apertura a nuevas posibilidades de la experiencia. La subjetividad literaria, como la ética, se compromete y aprueba una demanda infinita, pero mientras que en la subjetividad ética tal demanda estaba determinada —Bien, justicia, etc.— por una objetividad, en la literatura *no* lo está. Eso es lo único esencial a la literatura, su *no*, su inesencialidad. Ello impulsa la creación, la búsqueda y también la desesperación¹⁹⁸: irse del mundo es necesario para realizarla, y ni siquiera. La demanda infinita de la subjetividad literaria es indeterminada y no tiene una objetividad referencial. La cuestión es plenamente subjetiva, uno se demanda a sí mismo, uno se exige y se cuestiona. Uno ya no se mide con Dios, ni con un absoluto, ni siquiera con una empresa ideal, pero sigue habiendo una asimetría con un algo que no comparece: una sed, una soledad, un silencio, un secreto. Su indeterminación conlleva una diseminación, una multiplicidad de creaciones incompatibles con la unidad. El escritor es sed de gozo¹⁹⁹. Su demanda solo le dice “más”, “mejor”. La demanda solo apunta a la demanda misma, y nunca se responde: siempre se abandona por falta de fuerzas. El secreto sigue siempre sin comparecer, y hace avanzar en todas direcciones, y hace avanzar sin fin. Y esa es la fuente de una poderosa pasión, la poderosa

¹⁹⁶ Como hacía el personaje de “Ante la ley”: « [l’homme] décide de ne pas décider encore, il décide de ne pas se décider, il se décide à ne pas décider, il ajourne, il retarde, en attendant. » P. 113

¹⁹⁷ KAFKA, *Diarios*, p. 651

¹⁹⁸ Kafka escribe “Hacer patente la peculiaridad: desesperación” en Franz Kafka, *Carta al padre y otros escritos*, p. 76

¹⁹⁹ KAFKA, *Lettres à Max Brod*, p. 234

pasión en la que consistimos. El secreto exige infinitamente demanda de abandono y demanda de creación.

De este modo, ¿cómo leer la literatura? La literatura, la obra, es el cuerpo de la realización de esta demanda. Es el cuerpo de sí mismo, pues la demanda era mera búsqueda, por lo que en ella no cabe un solo prisma interpretativo. Si la literatura es el espacio de ese secreto, de esa demanda infinita, y sus palabras apuntan a una referencialidad vacía (mensajeros sin mensaje, hombres sin profesión, luego hombres libres). En ellas solo se asiste a una insondabilidad, a un vacío, a una apertura indeterminada, a algo que se escapa y que sigue llamando. En ellas está la misma demanda, irresuelta. La obra es el cuerpo de la demanda infinita, un dirigirse a ninguna parte puesto que la demanda literaria carece de objetividad como meta: “no hay camino, solo hay meta; lo que se llama camino es vacilación”²⁰⁰. La obra no expresa una idealidad o un proyecto ético político exigente, sino la búsqueda infinita de la existencia. Una crítica insondable, un rechazo continuo. El globo se va desprendiendo de sus lastres para elevarse cada vez más. ¿Hacia dónde se dirige? Hacia ningún sitio, solo hacia el cielo. Solo hacia un “más alto”. El escritor va desprendiéndose de los limitantes que le rodean —pero que le constituyen—, pues no ve en ellos sino una experiencia de insatisfacción e insuficiencia. La obra no es pues la expresión de una idealidad, un proyecto ético-político exigente, sino que es propiamente el cuerpo de la búsqueda infinita de la existencia. No es expresión, es secreción: no revela, siempre expulsa. No es referencial, sino puro estilo. No es ninguna realización, solo una mera búsqueda, el rastro de una existencia y su constante nomadismo y exilio, su constante abandono y desprendimiento, que afloran como crítica. Crítica que dice: el mundo es insuficiente. ¿Por qué? No porque el proyecto no esté concluido, no porque el bien no haya llegado a la tierra. ¿Por qué pues el mundo es insuficiente? Porque quiero más. Porque todavía estoy sediento²⁰¹.

Por ello quizá, las grandes obras de Kafka son fragmentarias y están inacabadas, lo que Walter Benjamin subrayaba con razón al indicar que no es baladí que Kafka se sintiera a sí mismo como un fracasado²⁰². La irresolución que garantiza una empresa sin meta —ideal—, o una empresa que ya es meta —por tanto no es camino, por tanto no es empresa, por tanto no se dirige a ninguna parte, sino que su meta es la misma exploración—. La irresolución, pues, que garantiza una empresa sin ideal

²⁰⁰ KAFKA, *Narraciones y otros escritos. Obras completas III*, p. 666

²⁰¹ En este punto, podría considerarse que Derrida apunta a una hiperrealidad del autor, es decir, a una creación positiva continua gracias a esa permanente oportunidad de indecidibilidad sobre la que se repliega. Sin embargo, cabe recordar que Derrida considera la escritura como dejar huellas, y la literatura como su rastro, rastro que nunca testimonia su presencia sino, más bien, su ausencia: la obra testimonia que el autor ya se ha ido, y no es pues sino la constatación de su ausencia, de su no presencia. Por tanto, es más bien al contrario: esta subjetividad posmetafísica que venimos describiendo, al igual que este discurso-acto-institución llamada literatura, no tienen presencia ni sustancia. Al consistir en un secreto o en un resto, so justamente lo que interrumpe todo presentarse y toda esencia. Para todo ello, véase Derrida, *Beliers. Le dialogue ininterrompu: entre deux infinis, le poème*.

²⁰² SCHOLEM, *Correspondencia 1933-1940 Walter Benjamin/ Gershom Scholem*, p. 260.

—regulativo— supone un fracaso o desilusión que hace más intensa si cabe la búsqueda. El escritor no vive porque está construyendo una vida mejor —más plena— que nunca vivirá, y muere porque consume su existencia en este proceso de no-vida. El roedor de “La obra”²⁰³ nunca llegó a reposar en una de las galerías de su laberíntica madriguera, sino solo a imaginar lo gozosamente que lo haría *cuando estuviera terminada*. Pero nunca estaba terminada, nunca era suficiente: la comida se apilaba en las cavernas de la madriguera, pero la sed y el hambre no cesaban.

El sujeto ético siente que está siempre en camino (demanda ética de su ideal). El sujeto literario —el escritor, Kafka— no siente el suelo bajo sus pies: él se dirige hacia un secreto, hacia algo que no comparece, hacia una demanda infinita sin idea: hacia el espacio de lo indefinible, lo inefable, lo indecible. Busca su propia legalidad, pero debe crearla para ello. Y en esta búsqueda aparece un rastro, unas huellas, unos restos que anuncian una existencia y una historia, restos que vienen marchándose, que anuncian la ausencia de alguien o algo que se ha ido, que nunca ha estado presente ni ha comparecido. Es el hombre que marcha tras el desafío de su existencia. Es la escritura.

BIBLIOGRAFÍA

PRINCIPAL

- JACQUES DERRIDA, “Abraham, l’Autre” en JOSEPH COHEN, y RAPHAEL ZAGURY-ORLY (dir.), *Judéités. Questions pour Jacques Derrida*, Paris, 2003.
—*Acts of Literature*. Ed. de Derek Attridge, Routledge, Great Britain, 1992.
—*Béliers. Le dialogue ininterrompu. Entre deux infinis, le poème*, Galilée, París, 2003.
—*Donner la mort*, Galilée, París, 1999.
— *Passions*, Galilée, París, 1993.
—“Préjuges, Devant la loi” en Jacques DERRIDA (et al.), *La faculté de juger*, Colloque de Cerisy. Les Éditions de Minuit, París, 1985.
FRANZ KAFKA, *Obras completas. Novelas. Vol. I*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 1999.
—*Obras completas. Diarios. Vol. II*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2000.
—*Obras completas. Narraciones y otros escritos. Vol. III*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2003.

SECUNDARIA

- GABRIELA BALCARCE, “La decisión de Abraham”, en *Cuadernos de Teología*, vol. 28. ISEDET, Buenos Aires, 2009.
SIMON CRITCHLEY, *La demanda infinita. La ética del compromiso y la política de la resistencia*, Marbot Ediciones, Barcelona, 2010.
JONATHAN CULLER, “Derrida and the singularity of literature” en *Cardozzo Law Review*. Disponible en cardozolawreview.com/.../CULLER.WEBSITE.pdf

²⁰³ KAFKA, *Narraciones y otros escritos. Obras completas III*, p. 857 y ss.

- C. DANTA, *Literature suspends Death. Sacrifice and Storytelling in Kierkegaard, Kafka and Blanchot*, Bloomsbury, New York, 2013.
- ZLATAN FILIPOVIC, "For a future to come: Derrida's democracy and the right to literature", en *Journal of East-West Thought* vol. 3, n°1 2013. Pp. 13-23.
- J. HILLIS MILLER, "Derrida and literature" en TOM COHEN (ed.), *Jacques Derrida and the Humanities. A critical Reader*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.
- MICHEL LISSE (dir.), *Passions de la littérature. Avec Jacques Derrida*, Éditions Galilée, Paris, 1996.
- LAURA LLEVADOT, "Crear lo imposible: Kierkegaard y Derrida". En www.sorenkierkegaard.com.ar.
- "La muerte del otro: Kierkegaard, Lévinas, Derrida". En Dipòsit Digital de la UB: diposit.ub.edu.
- Kierkegaard Through Derrida: Toward a Postmetaphysical Ethics*. The Davies Group Publishers, Aurora CO, 2013.
- BENOIT PEETERS, *Derrida*, Flammarion, París, 2010.
- GERSHOM SCHOLEM (ed.), *Correspondencia 1933-1940 Walter Benjamin/ Gershom Scholem*. Madrid: "Taurus, 1987.
- CAROLINE SHEAFFER-JONES, "'Pardon for not meaning': Remarks on Derrida, Blanchot and Kafka." *Derrida Today*, 2009.
- MARIUS TIMMANN MJAALAND, "Jacques Derrida: Faithful Heretics" en JON STEWART (ed.), *Kierkegaard Research: Sources, Reception and Resources*. 11,II: *Kierkegaard's Influence on Philosophy. Francophone Philosophy*, Ashgate, United Kingdom, 2013.
- GITTE WERNAA BUTIN, "Abraham - Knight of Faith or Counterfeit? Abraham Figures in Kierkegaard, Derrida and Kafka". *Kierkegardiana*, 2000, 21. Pp. 19-35.